

El visitante nocturno

Matías Carnevale¹

Comencé a recibir las visitas de Eriberto a medianoche de este año. La primera vez que apareció, el sobresalto fue tal que tuve que prender el velador y taparme por completo con la frazada. Cuando emergí de mi protección temporaria, Eriberto estaba ahí, refulgente como material radioactivo, impasible como la estatua de un Buda, petiso como un enano de circo. No habló moviendo los labios, que los tenía en la frente, más bien se hizo entender con una serie de gestos que parecían lenguaje para sordomudos. Se presentó, me dijo que su nombre en nuestro planeta sería Eriberto. Me rogó que me calmara; explicó que venía a ayudarnos, porque a pesar de que lo que llamábamos Guerra Fría había pasado y el mundo no era bipolar (usó esos términos bien claros, lo recuerdo) nuestro planeta corría serios riesgos de volar por los aires. Un gesto suyo me desconcertó, no obstante. Levantó un puño (Eriberto es enano pero antropomorfo), lo giró y levantó el dedo medio (tiene 5 en cada mano, igual que nosotros). Todavía estoy tratando de interpretar esa señal. Luego de ese gesto, Eriberto desapareció.

Cuando volvió la medianoche siguiente, no sé porqué, lo estaba esperando. Tomé mi celular para sacarle una foto, pero Eriberto me dio la espalda, mostrándome sus genitales, mezcla de femeninos y masculinos. Entendí que no quería ser fotografiado, así que apoyé el aparato en la mesa de luz. Eriberto me explicó que me había elegido a mí porque vio que en mi sensibilidad femenina podía ser escuchada. La sociedad siempre escucha la súplica de las mujeres. También dijo que yo era muy bonita, y que le gustaba que me depilara; en su planeta las mujeres no lo hacen, y así complican la cópula. Esa segunda noche, al irse, Eriberto saludó moviendo las manos como lo hacemos nosotros. Le devolví el saludo y le dije “Chau, Eri”.

La tercera noche ya lo esperaba casi con ansias. Quería que me revelara más sobre el estado de nuestro planeta, y sobre mi misión en particular. Eriberto vino un poco

1. Matías Carnevale es Lic. en Lengua inglesa por la Universidad de San Martín (Argentina). Algunos de sus cuentos, traducciones y ensayos han sido publicados en *Axxon*, *Leedor.com* (Argentina) y *Penumbria* (México).

más tarde: ya estaba dormida y soñando que me llevaba a su planeta para enseñarle a las mujeres de allá cómo depilarse. Cuando me desperté, Eriberto comenzó a gesticular de inmediato. Dijo que la urgencia de la Tierra era tal que su sociedad estaba considerando invadirnos para salvarnos, pero que primero lo enviaban a él como avanzada para que cambiáramos nuestras formas y nos volviéramos más amorosos los unos con los otros y consumiéramos menos bebidas artificiales (recuerdo esto porque lo anoté en el celular). Le pregunté si podía traer a alguien para que fuera testigo de sus visitas, pero Eriberto se negó. Luego de su negativa, giró sobre sus pasos, como en un absurdo ballet, y desapareció. Esa noche me costó dormir, porque no sabía cómo proceder. Soy periodista, sí, y supongo que Eriberto me eligió por mi gran capacidad de comunicar eventos, pero me parece que Eri no sabe que estoy desocupada desde hace un año. Cuando ganaron las elecciones los neoliberales demócratacristianos, me echaron del diario donde publicaba una columna semanal. Desde entonces he intentado mantenerme con un blog de modas, sin mucho éxito.

Decidí no hacerle caso y llamé a Horacio, un amigo que no veía hace tiempo. Él me quería y yo lo quise por unos meses, hasta que me cansé de su olor a pie. Horacio accedió a pasar la noche conmigo y presenciar la visita del extraterrestre. Trajo vino, comimos tallarines con tuco que preparé yo, y como postre fuimos a la cama. Nos quedamos dormidos, y se hicieron las doce. Eriberto apareció, como los días anteriores, pero esta vez con los brazos cruzados, visiblemente agitado por la presencia de Horacio en mi cama. Horacio reaccionó con una mezcla de espanto, bravura y hombría, pero se quedó paralizado ante un gesto de Eriberto que parecía emanar un efluvio hipnotizador. El enano intergaláctico batió sus manos de una forma mucho más veloz que los días anteriores, por lo que me costó entenderlo. Lo que pude rescatar de su nervioso discurso es que había colmado su paciencia, por haberlo desobedecido. Ya no seguiría visitándome, y debía reportar lo sucedido a sus superiores. Mencionó que la invasión comenzaría en breve, y que la causa era mi impúdica imprudencia. Y que el hombre conocido como Horacio debía sanar su problema con una mezcla de malva, palo santo y canela. Dicho eso, desapareció con un destello de luz.

Nos miramos con Horacio, que había tomado nota de los ingredientes necesarios para curar su aflicción, y nos besamos apasionadamente.